

TRIBUNA DIGITAL

De EEUU a Valencia: las instituciones en juego

Los radicales de izquierda y derecha tienden a despreciar las instituciones y a identificar la democracia y el bien con el pueblo o la nación y, sobre todo, con el líder que los encarna



Comentar



El Rey Felipe, junto a Carlos Mazón durante su visita a Paiporta. MANAURE QUINTERO AFP

Alfonso Galindo y Enrique Ujaldón

 PREMIUM Actualizado Martes, 17 diciembre 2024 - 00:04

La victoria de Donald Trump en Estados Unidos y la DANA que en España ha asolado buena parte de la provincia de Valencia y algunas zonas de Albacete tienen un inquietante elemento en común: **el papel del liderazgo carismático en las democracias contemporáneas**. Como sostuvimos en la tribuna publicada en este periódico el pasado 22 de agosto, el carisma puede decantar unas elecciones.

Para sorpresa de los de siempre, Trump ha ganado de forma contundente por cuatro millones de votos y 75 delegados electorales. Al mismo tiempo, hemos visto cómo en Paiporta el carisma del Rey y de la Reina se ha fortalecido al mantenerse cercanos, firmes y

serenos ante la lluvia de barro e improperios de muchos vecinos. Allí también se confirmó la carencia de carisma de Pedro Sánchez. Entendemos que la decisión de abandonar Paiporta fue correcta: **su mera presencia exacerbaba los ánimos y permanecer allí habría puesto en peligro a toda la comitiva**. Su salida permitió a los Reyes continuar la visita. Pero este análisis es compatible con el hecho de que esa decisión, a todas luces necesaria, hundió aún más su prestigio y reforzó el de los Reyes, que optaron por quedarse en Paiporta asumiendo riesgos. Por otro lado, la decisión de Mazón de continuar la visita con ellos fue igualmente valiente y correcta. Hoy no habría podido hacerlo.

La crisis de legitimidad de la democracia es indistinguible de la crisis de las instituciones y del sistema de partidos que la sustentan. Pasó en la fase final de la Restauración -que tan extraordinariamente ha contado Roberto Villa en sus libros sobre 1917 y 1923- y en el resto de Europa con el auge del fascismo y el comunismo. Los radicales de izquierda y derecha tienden a despreciar las instituciones, y a identificar la democracia y el bien con el pueblo o la nación y, sobre todo, con el líder que los encarna. De Franco a Fidel Castro o Nicolás Maduro, pasando por Hitler, Stalin o Mao, **los radicales siempre han privilegiado el culto al líder** y a sus libérrimas decisiones frente al respeto a las instituciones y a las normas.

El Premio Nobel de Economía de este año a Daron Acemoglu, Simon Johnson y James A. Robinson ha vuelto a poner de relieve que los países que prosperan a largo plazo son aquellos que tienen no instituciones fuertes, como se ha repetido estos días, sino instituciones inclusivas. Esto es, instituciones que fortalecen los vínculos sociales y tienden a no excluir a nadie del sistema social. Las instituciones se enraízan en la vida de la sociedad, son su expresión, de modo **que al menos cabe contar con su carácter de índice de experiencias históricas concretas**. En ellas cristalizan las contradicciones, las luchas, las resistencias y el pluralismo de toda sociedad, así como el sedimento de sus tradiciones y costumbres, con lo que esto tiene de autolimitación y contención normativa. Todo ello las hace preferibles a cualquier decisión arbitraria de un líder. Por ello los liberales siempre han defendido la conveniencia de ser gobernados por leyes y no por hombres. Algunos líderes políticos y partidos tienden a fortalecerlas; otros contribuyen a debilitarlas.

La victoria de Trump no es una buena noticia para los que preferimos instituciones fuertes e inclusivas a líderes fuertes. Tampoco lo es la deriva en esta línea del PSOE, que ha demostrado una capacidad extraordinaria para defender las decisiones arbitrarias de su líder, en contra de buena parte de las posiciones tradicionales del partido. Así, el PSOE ha sido capaz de comulgar con piedras de molino tan grandes como el reconocimiento de la soberanía marroquí sobre el Sáhara, la normalización de las relaciones con Bildu, **la asunción de la Ley de Amnistía o el proyecto de concierto económico con Cataluña**. El PSOE también ha roto con el acuerdo no escrito -pero que fue un factor fundamental del éxito de la Transición española- de pactar con la oposición la conformación de las instituciones fundamentales. Afiliados, simpatizantes y votantes del partido han asumido el menoscabo de la neutralidad de instituciones esenciales del Estado por la exclusiva decisión del líder y en función de sus intereses coyunturales. Es el caso, entre otras, de instituciones trascendentales en la democracia como el Tribunal Constitucional, la Fiscalía General del Estado, RTVE, el Banco de España o el Centro de Investigaciones Sociológicas. Con todo, quizá lo más grave de lo que Donald Trump y Pedro Sánchez comparten es que manifiestan con toda claridad que gobiernan a favor de unos y en contra de otros: **que 'hacer América grande de nuevo' implica hacer más pequeños a algunos americanos**, y que construir una España mejor exige levantar un muro para excluir a la mitad de los españoles.

Volvamos a Valencia. Se ha repetido que un fenómeno así saca lo mejor y lo peor de las sociedades. Pero no se ha subrayado suficientemente que ambas cosas pueden darse al mismo tiempo. Es evidente que, mientras algunos han arriesgado su vida para que desconocidos pudieran salvarse y mientras miles de voluntarios han puesto lo mejor de sí **para ayudar a recuperar la normalidad**, otros aprovechaban la situación para asaltar tiendas y casas.

Tampoco se ha destacado que, ante la tragedia colectiva causada por la fuerza incontrolada de la naturaleza, la reacción más básica e irracional es buscar un chivo expiatorio al que quemar en la hoguera para calmar las ansias de justicia. Ya lo contó Elías Canetti en *'Masa y poder'*, y sigue desgraciadamente vigente. En estos casos, el linchamiento del líder **es la respuesta simétricamente opuesta a su previa deificación**.

En este punto la izquierda española ha reaccionado con inteligencia y rapidez: tras los injustificables gritos de "¡asesinos!" dirigidos a los Reyes, a Sánchez y a Mazón, **los errores de comunicación y las dudas sobre la gestión de esta crisis** han convertido al presidente de la Comunidad Valenciana en la víctima propiciatoria perfecta para alejar el foco de la injustificable falta de liderazgo demostrada por el presidente de todos los españoles: "Si [la Generalitat] necesita recursos, que los pida".

Lo que necesitamos en Valencia, y en todos los sitios, es planificar mejor, perfeccionar nuestros protocolos e invertir en las infraestructuras de prevención necesarias. Necesitamos, como siempre, instituciones más fuertes e inclusivas, y sociedades mejor vertebradas, independientemente de la suerte que tengamos con los líderes de cada momento. Ahí deben situarse el debate público y la exigencia de los ciudadanos; no en alentar linchamientos que deberían avergonzarnos a todos.